

Rumbos de la Pedagogía Contemporánea

PROLOGO

CUANDO el M. R. Hermano Gastón María, de las Escuelas Cristianas, solicitó de este Colegio Mayor que se le recibieran los exámenes preparatorios que son indispensables para optar el grado de Doctor en Filosofía y Letras, la Consiliatura se apresuró a dar la licencia correspondiente con la seguridad plenísima de que el candidato no sólo saldría airoso de la prueba sino que añadiría un exquisito florón a los que ya engalanan esta Facultad.

Porque el R. Hermana Gastón no venía en calidad de bisoño ni como primerizo a entrar en estas lides. Maestro era de mucho tiempo atrás, probado en largos años de asidua experiencia, laureado por la estimación y aplauso de innumerables y memoriosos discípulos y calificado por obras y producciones de verdadero mérito, guardadas y encubiertas, eso sí, por la nobilísima modestia del autor que no atendía sino a ponerlas al servicio de sus alumnos.

A todo lo cual se juntaba que el R. Hermano Gastón como miembro insigne y aventajado de una comunidad universalmente reconocida por su pericia en las ciencias y artes pedagógicas, tenía que ser depositario de esa versación tradicional que respaldace ante propios y extraños ora en las cátedras e instituciones que regentan, ora en los preciosos textos que difunden los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Ampliando, si cabe decir, la provincia de conocimientos que los Hermanos cultivan por razón de su Instituto, el R. Hermano Gastón se dedicó con no menor solicitud a aquellos ramos de la cultura estrictamente clásica que son esenciales en el programa de una Facultad de Filosofía y Letras. Con la misma facilidad y desembarazo que maneja los fórmulas abstrusas de la matemática o desentraña y combina las de las ciencias naturales y experimentales, el docto religioso sabe escudriñar y analizar los secretos de la construcción sintáctica en Jenofonte o el andamiaje prosódico de una oda de Horacio; domina el castellano a par del francés, su lengua materna, sabe de los clásicos y de la evolución del uno y del otro, y discurre por otras literaturas y otros idiomas, el inglés particularmente, con el afinamiento y crítica de un scholar auténtico.

Y no parezcan exageradas estas afirmaciones. Lo serían sin duda si se tratara de un joven estudiante que llega a coronar una carrera; pero estando en su punto si se aplican, como en el caso presente, a un hombre que ha encanecido en las labores del magisterio, y eso en diversos países y circunstancias. El grado de doctor conferido por la Facultad de este Colegio Mayor al R. Hermano Gastón no fue, pues, un testimonio de haber concluido con provecho y loa los estudios previos de una carrera; fue de verdad la consagración oficial de una vida gastada en ensanchar esos estudios para enaltecimiento propio y -- cosa más preciada -- para constante beneficio de muchas juventudes.

Presenciando los diversos exámenes que rindió el R. Hermano Gastón ante un escrupuloso jurado calificador, se me venía a la memoria cierta frase, en apariencia paradójica, pero muy justa en el fondo, de algún personaje que entre nosotros sumó el prestigio de los armas con el de las letras. «Sepan ustedes -- decía hablando con estudiantes -- que un diploma de doctor no dignifica sino que su titular es sujeto apto para emprender estudios». Y hé aquí -- pensaba yo -- que en este caso y quizá por única vez en la vida, estoy viendo realizarse el sentido trascendental de aquella frase; porque el Hermano Gastón hace lustros que concluyó su preparación y el diploma y título que entonces hubiera podido reclamar lo dejó como en suspenso para este día en que nos revela la plenitud de su madurez y lo bien asentado de sus conocimientos. Digno es de «honor doblado» el que, como este religioso ejemplarísimo, se presenta a recibir un grado académico que es suyo gracias al mérito de una preparación diligente por extremo, y que es suyo ante todo por virtud de una competencia demostrada en luengos años de ejercicio y de aplicación inconstables.

En la tesis que hoy se publica, el R. Hermano Gastón le ofreció al Claustro Centenario de Nuestra Señora del Rosario, «alma mater» de la República, un testimonio fehaciente de los conocimientos atesorados a lo largo de una existencia íntegramente consagrada al servicio de la juventud, y una prueba de que a este celo ya unido el afán de mantenerse en vivo contacto con todo lo que atañe a la Pedagogía. Afán inspirado por la ciencia que anhela en todo campo incansantes revelaciones; afán estimulado vehementemente por la Religión Católica, que no se da por satisfecha con soluciones fragmentarias del problema de la educación. «La escuela católica, -- dice el autor con sobra de razón -- poseedora de una doctrina de valor incomparable, quiere, ante todo, dejar a salvo el problema del fin del hombre que no puede ser resuelto sino por una acción común de la moral natural y de la Revelación. Ni hemos de olvidar que en la realidad escolar existen dos elementos: una doctrina, un ideal de vida, por una parte, y por otra, una técnica, una metodología, en otros términos: un alma, un principio inspirador, y un cuerpo, un organismo. Una técnica sin principio inspirador, por perfecta que sea, equivale a un cuerpo sin alma. El problema de la escuela no podrá nunca reducirse a un problema de técnica, si pretende abarcar totalmente la realidad escolar».

Hacer entender esto me parece que es el tema profundo de la obra del Hermano Gastón. Para lograrlo acude al examen y discusión de los RUMBOS DE LA PEDAGOGÍA CONTEMPORÁNEA, y como filósofo genuino que es, pesa y mide los resultados a que conducen y las tendencias a que obedecen. Así justifica perentoriamente este juicio del Doctor y Maestro en Artes, D. José Eusebio Ricaurte, presidente de tesis: «La Moderna Pedagogía se ha hecho un caos de afirmaciones, experiencias, nombres y métodos, en el cual, este libro es una luz clara que muestra serenamente los sistemas y los deja comparar fácilmente».

Apropriarme estas palabras es apenas un acto de justicia; desear que sirvan de estímulo para que se lea y medite esta obra, es un deber, esperar que ella contribuya a afianzar en los colombianos el ideal supremo de la educación y a dilatar sus perspectivas salvadoras, es mi anhelo más ferviente y ahincado.